

## CARISMA

El muchacho de la máquina seguía haciendo partidas, ignorante de todo. ■ CAÑAVERAL

### "F" DE FAMOSO, "O" DE ODIOSO

Con un insoportable olor a cocidito madrileño y a coles de patio de vecindad, a compadreo y a centralismo, los españoles soportamos cada mes la elección de decenas de señores que son proclamados importantes porque son amiguetes de alguien que está manejando el cotarro. A falta — como siempre — de poder elegir cosas más importantes, cada dos por tres eligen por nosotros a un señor para ponerle la capa española, o el garbano de plata, o la «F» de famoso o la espada del Cid. Desde la frustración provincial y profunda, los españoles asistimos a este espectáculo de los que trepan por el edificio del Madrid ministerial y abundoso con una sorpresa que aumenta por días. Políticos en ejercicio, políticos que empiezan a consumir el depósito de reserva, gente importante, parientes de gente importante, duquesas aburridas, escultores sin monumentos, todos se van eligiendo unos a otros, hoy por mí, mañana por ti, yo te doy a ti hoy la «F» de famoso para que tú mañana me des a mí la capa española y la pica de los tercios de Flandes. Y así todos salimos en el «No-Do» absurdo que es Madrid, y así todos venimos retratados en el periódico de Almería, y así se hace propaganda a tu restaurante, y así suena el nombre de mi compañía, y así llega la gente como conejos a mi bufete, y así me nombran vocal nato en el Sindicato de Actividades Diver-



sas, y así te ponen un despacho y te suben el sueldo, y así caso a mi hija, y así...

Y allí están, a muchos kilómetros geográficos y vitales de la pequeña y provincial muerte de asco cotidiana, los aplausos de Ezequiel Puig Maestro-Amado, y los cócteles de Chicote, y los canapés de José Luis, y las vichesuás de Maite, y las esculturas de Juan de Avalos y de Santiago de Santiago, y los discursos de Vizcaíno Casas, y el puro de Alfonso Paso, y la voz amiga de Bobby Deglané, y la sonrisa de García Carrés, y las gafas de Renato Cottet, y los palillos de Lucero Tena, y el canotier del marqués de la Valdavia, y — en el fondo — la pistola con que se mató Larra.

Ellos están muy contentos, y se dan cada día una condecoración y un banquete. Y nosotros asistimos desde lejos, desde la provincia — que a lo mejor es España — al espectáculo, a la proyección de este «No-Do» en color, somnoliento e inútil. Y mientras ellos se van poniendo unos a otros la «F» de famosos, nosotros vamos concediendo en silencio y sin que salgan en el telediario nuestras sufridas «O» de Odiosos.— BURGOS.



TRAS la desaparición de Franco, sólo queda en el mundo uno de los grandes jefes históricos: el presidente Mao. Su edad no permite esperar que dure mucho tiempo. Está terminando una era que dura desde hace milenios: la historia universal es una colección de biografías personales. Hace ya algunos años, sin embargo, que se está escribiendo de otra manera. Se diría que los jefes carismáticos comenzaron a desaparecer a partir de la revolución francesa, aunque de ella surgió la gran «vedette» del sistema: Napoleón.

El carisma es un misterio. ¿Por qué alguien aparece de pronto destinado al fulgor y la admiración — o incluso al odio — de sus contemporáneos? Algunas veces he pensado que muchas veces los grandes jefes presentan una imagen distinta a la de los caracteres nacionales (mejor, el conjunto de rasgos psicológicos de una época determinada) de sus pueblos. Franco, austero, frugal, silencioso, frío, podría ser la contraimagen del español tópico, dicharachero y parlanchín, enfático y acalorado. Churchill, rubicundo y grueso, y retórico y emotivo, era el anti-inglesés: el contrapelo del flemático, alto y flaco, impenetrable y lacónico Phileas Fogg. Nunca pudo darse nada menos ario que Hitler: pequeño, oscuro, nervioso y austriaco exaltador de una raza de gigantes rubios, prusianos serenos. La teoría falla con algunos ejemplos notables: Mussolini era la quintaesencia del italiano espectacular. Y De Gaulle era un francés medio en el sentido de que se creía, como todos, un francés distinto y superior.

Hay carismáticos que lo son por haber realizado hechos históricos. Los ha habido que no realizaron, en realidad, nada: de Gaulle se convirtió en mito viviente por la liberación de Francia, que nunca hizo: fueron los ingleses y los americanos con su desembarco en Normandía y las batallas siguientes. Churchill ganó una guerra difícil; pero los modernos críticos militares ingleses dicen que la guerra se ganó a pesar de Churchill. Los hay que no consiguen el carisma de su pueblo mientras lo tienen de todo el mundo: Krutchev, que fue acogido y seguido con entusiasmo (aún por sus enemigos: la cuestión del carisma no evita enemigos, sino que a veces los multiplica) y no consiguió la de los ciudadanos soviéticos. Otras veces pasa al revés.

El carisma dura a veces siglos y siglos — Julio César, Tutankhamon... — y a veces se pierde. Churchill lo recibió por vía electoral y por vía electoral lo perdió. De Gaulle lo obtuvo por mito, lo reverdecó por una rara resurrección — pocas veces un jefe histórico regresa después de haber desaparecido: los intentos de Napoleón fallaron — y lo perdió por un referéndum administrativo. A Stalin se lo qui-

taron después de muerto — en vida, no se atrevió nadie —, y todavía no se ha borrado el gesto de estupor de quienes lo adoptaron, en la URSS y en el mundo, como modelo.

No hay reglas fijas, no se sabe nada. En Estados Unidos se ha querido fabricar. «The making of a president». Se ha buscado la fórmula y se aplica concienzudamente: equipos especiales preparan los discursos, las corbatas, los maquillajes, los gestos, los «gags» de los presidenciables que se convierten en robots. El resultado ha sido grotesco: un truhán como Nixon, una caricatura de sí mismo como Ford. Antes de la fabricación artificial, el carisma descendía con alguna frecuencia sobre los presidentes. ¡Lincoln! Roosevelt... Desde Roosevelt los Estados Unidos sólo han tenido un jefe con el lucero en la frente, y se lo atravesaron a tiros. La caza del hombre carismático — Luteró King — ha sido un deporte favorito en los Estados Unidos de los últimos años.

El tiempo del jefe carismático ha terminado, cuando terminan los últimos jefes históricos del último siglo. Entramos en la era de los grises, borrosos y pasajeros buenos administradores. Es, sin duda, otra imagen. Valéry Giscard d'Estaing es uno de los que con más denuevo han luchado contra la imagen del carismático, y se ha fabricado la del buen administrador, la del burgués honrado. Le habían precedido los ingleses, con sus claramente olvidables Wilsons o Heaths, y algunos otros lógicamente olvidados. Y los alemanes federales, tras la muerte de Adenauer, que todavía era melodramático. Los comunistas realizan este cambio con verdadera fruición: adiós a los héroes brillantes — que, por otra parte, es una generación que se ha extinguido —, bienvenidos sean los «directores colegiados».

Tampoco se trata de la tecnocracia. La tecnocracia ha tenido algunos breves episodios mundiales. En España fue fugaz, cómico y picaresco. Quizá pueda valer un día sobre bases nuevas: cuando técnicos, científicos y especialistas no surjan de unas determinadas clases sociales.

Tal vez sea sólo un accidente en la historia y se vuelva alguna vez a los jefes carismáticos. Tal vez sea una tendencia definitiva. Podría creerse que la ausencia de guerras es lo que evita el brote de hombres fundamentales, pero no parece cierto. La de Oriente Medio ha dado apenas a un Mose Dayan, que no cuajó. La del Vietnam — muerto el histórico Ho Chi Minh — a un Giap que está envuelto en sombras. Y la de Irlanda tuvo un momento a Bernadette Devlin que perdió el carisma al tiempo que la virginidad: la jefa católica dió a luz y pasó al olvido.

Convergamos en que todavía hay misterios.

■ HARO TECLEN